

Un aeropuerto es todo menos un puerto y aterriza todo menos el aire —pensó Benigno Hierro, mientras esperaba, en Madrid-Barajas, a que Helena Plaza regresara del laberinto de mostradores en busca de la información que les permitiera desentrañar si había llegado el vuelo de La Habana que traía a Ernestina Iribarren y a Antonio, el Canario, a inventar en España unas Navidades distintas.

Miró con extrañeza —aún le resultaba difícil entender aquel hormiguero— el dédalo de gentes y destinos, revuelto como un calendario disparatado, con manos enarbolando teléfonos que cosían, con su cámara, para una eternidad efímera, las sonrisas y los rostros de los recién salidos con los recién llegados; las carreras de otros agitando billetes de avión y tarjetas de embarque, blandos como las alas de una *Monarca* recién nacida, que estuviera en trance de aprender las reglas magistrales de su primer vuelo.

Observó una de las pantallas que anunciaban otros vuelos, estos sobre Gaza y otros territorios donde se apareaban bombas con pájaros de acero, y, por enésima vez, ese día, pensó que, en el mundo de los hombres, sólo deberían poseer licencia de vuelo los aviones de papel hechos con cartas que vienen de lejos, los globos hinchados con aliento de feria o las cometas que rastrean en el cielo la órbita de algún sueño o de algún planeta.

Fue entonces cuando reparó en él. Era tan abrumadora la corriente de gente que, detener la mirada en alguien que permanecía quieto se presentó como un salvavidas en mitad de un naufragio. Allí estaba. Aparecía y desaparecía ante sus ojos en medio de la torrentera de cuerpos con prisa. Un niño ensimismado —no más de seis años— con su bufanda al cuello. Sus juguetes reunidos sobre la superficie de una maleta, mientras fantasea, tejiendo su mirada con seriedad de oráculo. Uno podría pensar que un cachorro de silencio —aquella imagen le recordó al pequeño Argos y sus ladridos que quedaron para siempre en La Habana— se le había acostado al lado, cuidándolo, porque el ruido del aeropuerto parecía evitarlo. Era como si ese perro imaginario protegiera el hechizo de aquella atención diminuta mientras inventaba un mundo de cartones y muñecos coloreados.

Benigno se acercó con lentitud al niño. Era placentero hacerlo en mitad de aquella corriente, como quien da lentas brazadas en el mar, entrando en la zona donde cubre, al encuentro de criaturas de mundos remotos o peces extraños. Parecía estar construyendo una casa. No. No era una casa. Distinguió, al amparo de la caja de cartón sin fondo, las figurillas de plástico de un belén —José, María, el niño, una lavandera atareada, un pastor sorprendido, las bestias al uso y algún ángel voladizo— formando como soldaditos de plomo, al alcance de sus manos.

Estaba levantando un nacimiento.

Al otro lado del río de gente, en los asientos que el chiquillo podía ver a través de la caja desfondada, sus padres y sus hermanos le hacían gestos y bromas, aguardando la hora de su embarque, sin perderlo de vista. Fue en ese preciso instante, cuando, abandonándolo todo, el niño inspeccionó el interior de la caja, donde había dado cobijo a las figuras y se alejó un par de metros. Guiñando un ojo como un pintor que comprueba la perspectiva, miró a través de ella, como juzgando la composición. Acto seguido regresó junto a su obra y trasladó toda su arquitectura a un asiento junto a su maleta que había quedado vacío. Volvió a alejarse. Hizo una nueva comprobación con la frente recorrida por una leve arruga que avisaba de un carácter concienzudo y evaluador.

Regresó junto al portal. Se quitó la bufanda y la dejó junto a la maleta. Con diligencia de crupier, sus manos apresuraron un nuevo cambio. Y las bestias desaparecieron del portal, sin duda porque, a todas luces, el niño —al igual que él— no corría riesgo de pasar frío en aquel lugar que, en pleno invierno, respiraba un calor tropical.

De nuevo tomó distancia. Y con el retorno, esta vez fueron el pastor sorprendido y la lavandera tenaz quienes fueron eliminados del rodaje. “Tremendo director de casting va a ser este niño”, pensó Benigno Hierro, mientras seguía el proceso de eliminación de personajes esperando a Helena Plaza.

Durante unos segundos, el niño, exploró las posibilidades del ángel volador, concluyendo que las complicaciones de su naturaleza aérea y su peso, en nada favorecían sus intenciones de que coronase la composición. De manera que, también el ángel desapareció del elenco.

Un nuevo alejamiento de la escena hizo que Benigno augurase nuevos desalojos. Y, entonces, para su sorpresa, sucedió algo extraordinario. El niño regresó junto a la caja-portal que amparaba aquel nacimiento que se veía

abrumado por los sucesivos abandonos y desalojó al resto de las figuras —incluidos niño y pesebre— hasta que, tras volver a mirar por el arco vacío de la caja, se le dibujó una sonrisa en los ojos de pintor satisfecho. Y luego corrió hacia sus padres como si acabase de hacer una travesura.

La gente que pasaba, le decía, al ver las figuras descartadas a un lado: “Pero ¿qué belén es ese? Y él, ni caso. Sin embargo, Benigno Hierro optó por callar y acercarse al lugar desde el cual, el niño, había compuesto su particular nacimiento. La vida y sus memorias habían enseñado a Benigno, a no precipitar un juicio sobre las miradas y las vidas ajenas hasta que no hubiera visto el mundo calzando sus mismos zapatos. De modo que se acercó a la caja. Se agachó y miró a través de ella, adentrándose en el territorio del niño. Entonces comprendió.

A través del portal de aquella caja aparentemente vacía, pudo ver, perfectamente enmarcados, a padre, madre, hermanos y a él, que desde el centro del grupo le sonrió cómplice y risueño, orgulloso de su obra. Sin querer evitarlo, Benigno se echó a reír, alegre de volver a descubrir que todo un mundo cabe en una sola mirada.

Fue en ese momento cuando las piernas de tres personas taparon su visión a través de la caja y una voz que reconoció de inmediato le dijo:

—Oye, ven acá *acere*, imaginaba yo al compañero Benigno Hierro, en estas latitudes escribiendo otras memorias y no recogiendo cartones.

Era Antonio, el Canario. Y junto a él Ernestina que le miraba escéptica, mientras comentaba:

—Caballero, ¡Qué piloto del carajo! Menudo viajecito. A poco tengo que resucitar en pleno vuelo.

Helena los había encontrado, recién aterrizados. “Aterrorizados”, rieron ellos.

Se fundieron todos en un abrazo tan grande y largo, que sus pormenores abarcarían otro cuento. Sólo puedo añadir, que, inmerso en él, Benigno consideró que aquel niño, con aquella caja, le había regalado un belén perfecto.